

EL ALBA

Vol. 33 No. 3

Mayo - Junio 2018

Publicada en Alemán, Español, Francés,
Griego, Inglés, Italiano, Polonés, Portugués,
Rumano y Ucraniano.

CONTENIDO DE ESTE NÚMERO

Publicada bimestralmente por Dawn
Bible Students Association
División en español
199 Railroad Avenue
East Rutherford, NJ 07073 U.S.A

www.dawnbible.com

Todos los derechos reservados.
Sírvese notificarnos inmediatamente
su cambio de domicilio. Incluya la
etiqueta de envío de su revista, e
envíela juntamente con su nueva
dirección.

Precio anual: US \$6.00 (6 números)

ALEMANIA: Tagensbruck Bibelstudien-
Vereinegung, Alzeyer Str. 8 (Postfach 252), D
67253 Freinsheim

ARGENTINA: El Alba, Calle Almirante
Brown 684, Monte Grande, Buenos Aires
estudiantesdelabibliargentina@gmail.com

AUSTRALIA: Berean Bible Institute, P.O.
Box 402, Rossana, Victoria, 3084

BRASIL: 199 Railroad Avenue, East
Rutherford, NJ USA 07070

CANADÁ: P.O. Box 1565, Vernon, British
Columbia, V1T 8C2.

COLOMBIA:A.A. 7804, Medellín, Antioquia

ESPAÑA/ITALIA: El Alba, Via Ferrara 42,
59100 Prato - Italia

FRANCIA: L'Aurore 45, Avenue de
Gouvieux, 60260, Lamorlaye

GRECIA: He Haravgi (The Dawn) 199
Railroad Ave., East Rutherford NJ 07073 USA

INDIA: The Dawn, Blessington, #34,
Serpentine St., Richmond Town, Bangalore
560025

ISLAS BRITÁNICAS: Associated Bible
Students, 102 Broad Street, Chesham Bucks
HP5 3EB

EVENTOS SOBRESALIENTES DEL ALBA

Misericordia 2

ESTUDIOS INTERNACIONALES DE LA BIBLIA

Dando con un corazón
generoso 15

Trayendo primicias 18

Recordando con alegría 21

Regocijándonos en la
restauración 24

VIDA Y DOCTRINA CRISTIANA

La Ley de la Nueva Creación
Parte II 27

The Dawn – SPANISH Edition

MAY – JUNE 2018

A menos que se indique lo contrario la traducción de la
Biblia usada en esta revista es la versión Reina-Valera
edición de 1960.

Printed in USA

Misericordia

“¿Qué Dios como tú, que perdona la maldad, y olvida el pecado del remanente de su heredad? No retuvo para siempre su enojo, porque se deleita en misericordia.” — Miqueas 7:18

NO es frecuente poder decir que los principios proclamados por las principales religiones mundiales estén de acuerdo. El judaísmo, el cristianismo, el islam, el hinduismo y el budismo constituyen más del 91% de la adhesión religiosa actual del mundo. Una doctrina importante que estos cinco grupos defienden y tienen en común es la calidad de la misericordia. Cada una de ellas enseña la importancia y el valor de la misericordia, defendiendo su cultivo entre sus seguidores. Además, en el caso del judaísmo, del cristianismo y del islam, afirman creer en un Ser Supremo, quien es presentado con atributos que incluyen la misericordia y la compasión.

Hay una clara ironía, particularmente en este momento, con respecto a esta enseñanza común de la misericordia entre las religiones del mundo. Aunque se la considera una cualidad importante y virtuosa para ser estimado altamente, su práctica le falta mucho a la humanidad de forma generalizada. Apenas se encuentra escasamente en los niveles más altos del orden político,

religioso y social del mundo actual. Del mismo modo, entre la humanidad en general, sin importar estado, riqueza, trasfondo o edad, la misericordia está ausente la mayor parte del tiempo. En el mejor de los casos, parece que cuando se ejerce misericordia hacia los demás se limita a aquellos que están de acuerdo con las opiniones y las causas de quienes lo manifiestan. Para cualquiera que discrepe o tenga ideas diferentes cualquier pensamiento de misericordia es rápidamente reemplazado por crítica, prejuicio, intolerancia e, incluso, odio.

Así, pues, creemos que es muy oportuna una consideración del tema de la misericordia, ya que vemos el papel tan importante que desempeña el espíritu de odio y venganza en la configuración de los planes y las políticas del mundo actual. Para comprender adecuadamente esta cualidad esencial del carácter, y luego ponerla en práctica en la vida diaria, creemos que es necesario y beneficioso considerar lo que la Biblia dice sobre este tema vital.

LA FUENTE DE LA MISERICORDIA

El salmista declara de Dios: “Porque miró desde lo alto de su santuario; Jehová miró desde los cielos a la tierra, para oír el gemido de los presos, para soltar a los sentenciados a muerte.” (Sal. 102:19,20) De acuerdo con esta declaración del misericordioso interés del Padre Celestial por la familia humana, Jesús, al declarar la razón de su venida a la tierra para sufrir la muerte como rescate por el hombre, dice: “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para

que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna.” —Juan 3:16

Una de las más grandes cualidades que el hombre puede ejercer, y que le traerá las correspondientes bendiciones, es la de la misericordia. Jesús puso gran énfasis en esta cualidad declarando que cualquiera que sea nuestro logro si no tenemos misericordia de los demás, tampoco la tendrá Dios de nosotros. “Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.” (Mateo 5:7) Hacemos bien en darnos cuenta de que todo estaría perdido si no se nos mostrara ninguna misericordia. De la misma manera no podemos mantener nuestra relación con Dios a menos que su espíritu de misericordia habite en nosotros.

La obra de la creación fue la manifestación más extraordinaria de la sabiduría y el poder infinitos de Dios. Sin embargo, para deshacer los resultados del mal provocado por el gran adversario y para llevar a cabo la restauración del pecado y de la alienada raza de la humanidad de nuevo en su favor, ha requerido el ejercicio por parte de Dios de los atributos adicionales de la justicia y el amor. En este sentido, el plan de Dios para la recuperación definitiva del hombre es un trabajo mucho mayor que el de la creación. Sin embargo, en todas las grandes obras del Padre Celestial, se nos asegura que “no desfallece, ni se fatiga con cansancio.” —Isa. 40:28

LA MISERICORDIA DEL HIJO

El “Hijo unigénito” de Dios compartió las mismas cualidades de carácter que el gran Creador, y

deseó formar parte en la ejecución del plan redentor de su Padre hacia el hombre. El Hijo de Dios se despojó de su existencia prehumana y de la gloria, se humilló y vino a ser hombre —” no para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos.” (Fil. 2:5-8; Mat. 20:28, *Diaglotón Enfático de Wilson*) Requería un amor intransigente por la justicia y un odio a la iniquidad para resistir cada tentación de desviarse, aun en el más mínimo grado, de este curso determinado. El espíritu de sacrificio de Jesús y su disposición a rendir sus derechos y privilegios nunca fallaron. Incluso en su prueba suprema de lealtad y obediencia en Getsemaní, donde clamó al “que fue capaz de salvarlo de la muerte, y fue escuchado” encontró a Jesús determinado a hacer la voluntad del Padre. “Y aunque era Hijo, por lo que padeció aprendió la obediencia.” —Heb. 5:7-8

Cuando se presentó ante el Sumo Sacerdote y ante el Sanedrín, se consideró a Jesús como un objeto apto para ser insultado, burlado y maltratado físicamente. Se le escupió, se le golpeó con varas, con las palmas abiertas y los puños cerrados. Inventando una nueva distracción, le vendaron los ojos, le golpearon y le pidieron que adivinara quién lo hizo. “Y muchas otras cosas blasfemaban contra él,” todas las cuales las sufrió el Maestro en silencio. —Mat. 26:67-68; 27:30; Marcos 14:65; Lucas 22:63-65

Al no responder nada Jesús a estas cosas y no defenderse, se le entregó a los romanos, que también se burlaron de él. Los soldados le colocaron un manto escarlata, le pusieron una corona de espinas y le colocaron una caña en su mano derecha. Divirtiéndose, los espectadores se inclinaban ante él diciendo: “¡Salve,

Rey de los judíos!” (Mat. 27:27-29). Lo soportó humilde y resignadamente. ¡A qué profundidades de maldad el corazón humano depravado puede descender y enorgullecerse! Sin embargo, fue a este mismo mundo y a toda su gente, justa e injusta, al que Jesús había venido a salvar, entregándose a sí mismo como “rescate por todos.” —1 Tim. 2:5-6

JESÚS AÚN MISERICORDIOSO

Al tercer día Jesús resucitó de entre los muertos y fue exaltado a la diestra del Padre, “y a él están sujetos ángeles, autoridades y potestades.” (1 Ped. 3:22) Ahora es el Señor de vivos y muertos y el Padre le ha prometido todo juicio. (Rom. 14:9; Juan 5:22) En vista de su rechazo alguien podría preguntarse si ha alterado Jesús de algún modo su propósito original de “buscar y salvar lo que estaba perdido.” (Lucas 19:10) Tal ciertamente no es el caso. A diferencia de la disposición humana imperfecta, el Hijo fiel, como el Padre, es “el mismo ayer, hoy y siempre” y que aun “si no creemos, sin embargo, él permanece fiel: no puede negarse a sí mismo.” (Heb. 13:8; 2 Tim. 2:13). Así, después de su resurrección, dio el Señor resucitado un glorioso testimonio a dos discípulos en el camino de Emaús: “Así está escrito, y así fue necesario que el Cristo padeciese, y resucitase de los muertos al tercer día; y que se predicase en su nombre el arrepentimiento y el perdón de pecados debe ser predicado en todas las naciones, comenzando desde Jerusalén.” —Lucas 24:46-47

“Todo poder... en el cielo y en la tierra” se le ha dado a nuestro Señor resucitado, que, a su debido tiempo, se manifestará maravillosamente en que llamará

de la tumba a todos los allí encarcelados (Mat. 28:18; Isa. 61:1) Sin embargo, se requerirá más que este poder y conocimiento ilimitados para “reconciliar al mundo consigo mismo.” (2 Cor. 5:19) Para un mundo pecaminoso, sumido en tinieblas y enemigos a través de obras perversas, debe extenderse gran misericordia y compasión, dulzura inagotable y paciencia para hacerlo volver a subir por el camino de santidad a la perfección y comunión con Dios. —Isa. 35:8-10

Jesús, como el Padre Celestial, “se deleita en la misericordia” como se declara en nuestro texto de apertura. Como “sumo sacerdote misericordioso y compasivo” puede “compadecerse de nuestras debilidades.” (Heb. 2:17; 4:15). Él es perfectamente capaz de responder al más mínimo llamado de ayuda, leer los secretos más íntimos de cada corazón y extender un amor que nunca falla. Y “salvará perpetuamente a los que por él se acerquen a Dios.” —Heb. 7:25; Rom. 10:13

En muchas cosas somos imperfectos y se requiere la misericordia de nuestro Señor, que se extiende a nosotros. Del mismo modo, en la edad venidera, cuando el conocimiento del Señor cubra la tierra, “como las aguas cubren el mar”, también se extenderá la misericordia a toda la humanidad. (Isa. 11:9) Después de tan costosa redención, Dios desea “que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad” y que “ninguno perezca.” (1 Tim. 2:4; 2 Ped. 3:9) La misericordia y la longanimidad se manifestarán hasta que el pecado y el pecador se muestren inseparable y voluntariamente conectados.

LOS COJUECES DEBEN SER MISERICORDIOSOS

El apóstol Pablo nos dice que los fieles seguidores de Cristo de la edad presente serán cojueces con él del mundo en el venidero Día de Juicio de mil años. (1 Cor. 6:2; Hechos 17:31) No pensemos, sin embargo, que nuestro Señor, tan amoroso y misericordioso, delegaría esta gran obra a alguien menos amoroso, menos compasivo, menos gentil y tolerante que él. Podemos estar seguros de que no es el caso. Todos los comisionados para juzgar al mundo en el Reino del Mesías se habrán rendido para ser enseñados por Dios y guiados por su Espíritu Santo. Son aquellos que por ser “fuertes en el Señor y en el poder de su fuerza” han crecido “en él en todas las cosas... incluso en Cristo” para poder tener misericordia con el mundo, viendo que estuvieron también una vez “cercados por la enfermedad.” —Efe. 4:15; 6:10; Heb. 5:2

La cualidad divina de la misericordia, en la que nuestro Maestro asegura que todos sus seguidores deben abundar, la define el diccionario Merriam-Webster así: “Compasión o indulgencia demostrado a un delincuente o a un sujeto bajo poder de otro;” “trato indulgente o compasivo;” “trato compasivo de aquellos en apuros” y “un acto de favor o compasión divina”. Estrechamente asociada con la misericordia la compasión se define como: “Conciencia empática de la aflicción de los demás junto con un deseo de aliviarlo.”

MISERICORDIA EN ACCIÓN

La compasión, la misericordia y la simpatía humanas son fragmentos que quedan de la perfecta disposición del hombre antes de la caída, y hoy son sólo

reflejos débiles y limitados del carácter divino. La misericordia, sin embargo, que se ejercita, independientemente de la aprobación humana y de la recompensa, es un motivo justo y la expresión exterior de un corazón en el que se ha derramado el amor de Dios a través del poder del Espíritu Santo. Este poder se apodera de los sentimientos, las palabras, los afectos y, correctamente fomentado, impregnará todos los canales de la vida. Se extenderá a todos sus semejantes, especialmente a quienes muestren en cualquier grado su deseo de rectitud. Pedirá en oración incluso por sus enemigos y su bendición.

Sólo quienes disciernen su propia necesidad de misericordia están en la actitud mental correcta para ser misericordiosos con los demás. Curiosamente, sin embargo, aquellos con mayor necesidad de misericordia parecen los menos dispuestos a ejercerla con los demás. Algunos son tan deficientes en esta importante cualidad que practican la crítica de las faltas ajenas, pasando por alto sus buenas cualidades. Con esta actitud arruinan su propia felicidad y la de los demás. La oración, en lugar del resentimiento, es la mejor reacción ante los fallos y errores de los demás que no podemos remediar. Cualquier cosa similar a la ira, a la envidia, al odio, a la malicia o al conflicto es contraria a la misericordia. (Efe. 4:31) De hecho, la pérdida de la misericordia permitirá que tales disposiciones se afirmen y causen un desastre.

En lugar de quejarnos de los demás, deberíamos tratar de cubrir sus defectos, a menos que sea necesario hablar de ellos para evitar lastimar a otros. (1 Ped. 4:8) En más de una ocasión Jesús citó estas importantes palabras de Dios a través del profeta: “Misericordia

quiero, y no sacrificio.” (Oseas 6:6; Mat. 9:13; 12:7) lo cual debería haber enseñado a los fariseos, a quienes iba dirigido, que los sacrificios eran bastante secundarios para el amor, la justicia, la misericordia y la compasión por sus semejantes, los hombres. Deberían, más bien, haber estado encantados de echar una mano en llevar a otros más cerca de Dios, y ponerlos bajo su instrucción e influencia. Sin embargo, los corazones ufanos y complacientes de los fariseos eran desagradables al Señor y les hacía indignos de su bendición.

MISERICORDIA VERSUS JUSTICIA

Es cierto que Dios es justo, pero también que es amoroso y amable. Se dice que es “el Padre de las misericordias”, “rico en misericordia” y que tiene “abundante misericordia.” (2 Cor. 1:3; Efe. 2:4; 1 Ped. 1:3) Sólo en los Salmos aparece la palabra “misericordia” cien veces en la versión del Rey Jaime y diez veces se mencionan las “tiernas misericordias” de Dios. Jacob pronunció humildemente en oración: “Menor soy que todas las misericordias y que toda la verdad que has usado para con tu siervo.” —Gen. 32:10

Al permitir castigos y correcciones sobre nosotros, no es que el Padre Celestial desee tomar represalias sobre sus siervos, que, en el transcurso de su mayordomía, han cometido errores, a veces graves. La sabiduría, la justicia y la misericordia divinas pueden, a veces, exigir experiencias severas a fin de aprender lo que no podríamos de otra manera: “Porque juicio sin misericordia se hará con aquel que no hiciere misericordia; y la misericordia triunfa sobre el juicio.” (Santiago 2:13) Es adecuado gobernarnos por las reglas

de la justicia. Sin embargo, debemos ver y medir al resto con el mayor grado de generosidad, compasión y perdón posibles.

Mientras admiten todo esto, y tratando de practicarlo al menos en una pequeña forma, muchos no “aman la misericordia.” (Miq. 6:8) Más bien, buscan venganza y, aunque dejan el castigo final a Dios, se molestan por la aparente demora. No tengamos tal actitud, sino seamos “revestidos, como los escogidos de Dios, santos y amados, de entrañas de misericordia.” “Sed, pues, misericordiosos, como también vuestro Padre es misericordioso.” Mostremos “misericordia con alegría”, y busquemos estar “llenos de misericordia”, sólo él malvado y engañoso “recuerda no mostrar misericordia.” —Col. 3:12; Lucas 6:36; Rom. 12:8; Stg. 3:17; Sal. 109:16

EJEMPLOS DE MISERICORDIA

De nuestro Padre Celestial se lee en la epístola a Tito que “la bondad y el amor de Dios, nuestro Salvador con los hombres nos salvó por su misericordia.” (Tito 3:4,5) Jesús lloró por Jerusalén. (Lucas 19:41-44) Se entristeció, se movió a compasión y se agitó con emoción por los judíos al caer sobre ellos tan gran desolación como resultado de su rechazo a él y su mensaje.

Abrahán en “polvo y cenizas” suplicó a Dios con mucha persistencia por Sodoma. (Gén. 18:26-32) Moisés, el hombre de Dios, más manso que todos los demás, aprendió toda la sabiduría de los egipcios pero se negó a ser llamado hijo de la hija de Faraón, y trabajó incansablemente por el pueblo de Israel hasta su muerte

sin ningún deseo de recompensa. —Num. 12:3; Heb. 11:24-27

Cuando Israel provocó a Dios con el becerro de oro, Éste informó a Moisés que iba a destruirlos y haría de Moisés una gran nación. ¡Qué prueba de ambición era si estuviera escondido en el corazón de Moisés! Se nos dice que tenía miedo de la ira y el disgusto de Dios; así, se postró sobre su rostro cuarenta días y noches para rogar por Israel. Esta conmovedora intercesión que subió del corazón de Moisés a Dios ha disminuido a través de las edades. “Este pueblo ha cometido un gran pecado... Perdona ahora su pecado, y si no, ráeme ahora de tu libro que has escrito.” (Éxo. 32:31-32; Deut. 9:7-21) Una vez más, en Cades-barnea Dios habría destruido a Israel, pero Moisés, una vez más intercedió: “Oh Señor Jehová no destruyas a tu pueblo y a tu heredad que has redimido con tu grandeza, que sacaste de Egipto con mano poderosa.” —Deut. 9:26

José también fue notable ejemplo de misericordia y compasión. Cuando Jacob envió a sus hijos a Egipto la segunda vez, José se les dio a conocer, y lloró con tanta intensidad que todos lo oyeron en la casa del faraón. Y dijo a sus hermanos: “Acercaos ahora a mí... no os entristezcáis por haberme vendido acá; porque para preservación de vida me envió Dios delante de vosotros... Habitarás en la tierra de Gosén... y allí te alimentaré... Y besó a todos sus hermanos y lloró sobre ellos.” —Gen. 45:1-15

Del mismo modo, David, aunque ungido siendo muchacho a la realeza por Samuel, guardó el asunto para sí mismo y no despreció el humilde trabajo diario. Era valiente, piadoso y modesto ante Saúl. Aunque a

menudo en peligro, perseguido y acosado por Saúl, David nunca planeó, hirió o habló con indiscreción, sino que con confianza aguardó el debido tiempo de Dios. Cuando la noticia de la muerte de Saúl llegó a David, “lloraron y lamentaron y ayunaron hasta la noche por Saúl... Y David lamentó esta elegía por Saúl: ...Hijas de Israel, llorad por Saúl, quien os vestía de escarlata con deleites, quien adornaba vuestras ropas con ornamentos de oro. ¡Cómo han caído los valientes en medio de la batalla!” —2 Sam. 1:11-25

Pablo escribió con gran compasión y misericordia a sus hermanos israelitas: “Hermanos, ciertamente el anhelo de mi corazón y mi oración a Dios por Israel es para salvación.” “Verdad digo en Cristo... mi conciencia me da testimonio en el Espíritu Santo, que tengo gran tristeza y continuo dolor en mi corazón. Porque deseara yo mismo ser anatema... por amor a mis hermanos.” (Rom. 10:1; 9:1-3) Al reprender a los corintios por sus desviaciones, Pablo dice que su carta la había escrito “con muchas lágrimas.” —2 Cor. 2:4

Esteban oró, mientras lo apedreaban: “Señor, no les tomes en cuenta este pecado.” (Hechos 7:60) De la misma manera, muchos otros a través de los tiempos, teniendo un corazón bueno y honesto, han servido fielmente a Dios y siguieron su ejemplo de misericordia, compasión, simpatía y amor. Incluso si no entendieron su propósito en ese momento, estaban llenos de fe y “amaban la misericordia”, porque vieron evidencias en sus vidas de que era algo que Dios “deleitaba.”

¡Qué preciosas son estas ilustraciones de la gracia de Dios y su capacidad de llenar los corazones de las personas con su propio bendito Espíritu de

compasión y misericordia! Aunque el mundo actual se mueva por egoísmo y por dureza de corazón, demos gran diligencia en hacer notar que nuestra actitud mental, nuestras palabras y nuestros hechos proceden de un corazón totalmente dedicado y en armonía con “el Padre de las misericordias y el Dios de toda consolación.” (2 Cor. 1:3) Continuemos también orando por el Reino venidero de Dios, en el que toda la humanidad aprenderá a “alabar la belleza de la santidad” y a decir: “Glorificad a Jehová, porque su misericordia es para siempre.” —2 Crón. 20:21

Dando con un corazón generoso

Versículo Clave: “Pero esto digo: el que siembra escasamente también segará escasamente, y el que siembra generosamente, generosamente también segará.”
— 2 Corintios 9:6

Escritura Seleccionadas:
2 Corintios 9:6-8

LA GENEROSIDAD es un elemento esencial de una auténtica vida cristiana. Nuestro versículo clave subraya este principio, al igual que los versículos que siguen. “Cada uno dé como propuso en su corazón: no con tristeza, ni por necesidad, porque Dios ama al dador alegre. Y poderoso es Dios para hacer que abunde en vosotros toda gracia, a fin de que, teniendo siempre en todas las cosas todo lo suficiente, abundéis para toda obra buena.” (vv. 7-8) Cuando nos entregamos a Dios, al empezar a caminar en Cristo, recibimos libremente de la gracia divina; así debemos dar libremente. —Mat. 10:8

El apóstol Pablo practicó lo que predicaba. En una ocasión dijo: “Ni plata ni oro ni vestido de nadie he codiciado. Antes vosotros sabéis que para lo que me ha sido necesario a mí y a los que están conmigo, estas manos me han servido. En todo os he enseñado que, trabajando así, se debe ayudar a los necesitados, y

recordar las palabras del Señor Jesús, que dijo: Más bienaventurado es dar que recibir.” (Hechos 20:33-35) Pablo se apoyó alegremente en sí mismo y en sus colaboradores con sus propias manos. Lo hizo mientras diariamente ponía su vida al servicio de los demás. Pudo haberle inspirado el siguiente proverbio: “Hay quienes reparten, y les es añadido; y hay quienes retienen más de lo que es justo, pero vienen a pobreza. El alma generosa será prosperada. Y el que saciare, él también será saciado.” —Prov. 11:24-25

Deberíamos considerarlo como gran privilegio ejercer una generosidad piadosa. No sólo trae beneficio a los demás, sino que también es un medio para glorificar al Padre Celestial y recibir más riquezas de su gracia en nuestro nombre. Por lo tanto, cuando damos a los demás, lo damos a Dios. “A Jehová presta el que da al pobre. Y el bien que ha hecho, se le volverá a pagar.” —Prov. 19:17

Podemos dar cosas materiales a los demás según podamos, como dinero, ropa o comida o incluso ofrecerles palabras de consuelo al predicar el “evangelio del reino.” (Mat. 24:14) Otras oportunidades radican en mostrar misericordia, una cualidad de la que carece en gran medida el mundo actual. La gente suele decir: “Por favor, dame un poco de holgura.” Están suplicando misericordia y seremos bendecidos al dársela. “Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.” —Mat. 5:7

Pablo nos exhorta a ser firmes en la generosidad: “No os engaños; Dios no puede ser burlado: pues todo lo que el hombre sembrare, eso también segará. Porque el que siembra para su propia carne, de la carne segará

corrupción, mas el que siembra para el Espíritu, del Espíritu segará vida eterna. No nos cansemos, pues, de hacer el bien; porque a su tiempo segaremos, si no desmayamos... Hagamos bien a todos, y mayormente a los de la familia de la fe.” —Gal. 6:7-10

“Y si dieres tu pan al hambriento, y saciares al alma afligida, en las tinieblas nacerá tu luz, y tu oscuridad será como el mediodía. Jehová te pastoreará siempre, y en las sequías saciará tu alma, y dará vigor a tus huesos; y serás como huerto de riego, y como manantial de aguas, cuyas aguas nunca faltan” (Isa. 58:10-11) Con semejantes exhortaciones sigamos dando diligente con corazón generoso.

Trayendo primicias

Versículo clave: “*Habla a los hijos de Israel y díles: Cuando hayáis entrado en la tierra que yo os doy, y seguéis sus mies, traeréis al sacerdote una gavilla por primicia los primeros frutos de vuestra siega.*”
— **Levítico 23:10**

**Escrituras
Seleccionadas:**
Levítico 23:9-14

NUESTRO VERSÍCULO clave resalta la obligación de Israel de dar a Dios los primeros frutos de la tierra prometida al entrar en ella. Tomando la instrucción de la declaración de Pablo de que estas cosas fueron un ejemplo para nosotros, buscamos la lección espiritual en ella (1 Cor. 10:11) Como nuevas criaturas, vivimos en una tierra de descanso prometido, asegurándonos que “los que hemos creído entramos en el reposo.” (Heb. 4:3) Habiendo entrado en el refugio espiritual, ¿qué primicias ofreceremos a nuestro Padre Celestial?

Primero, debemos ofrecernos a nosotros mismos. “Él, de su voluntad, nos hizo nacer por la palabra de verdad, para que seamos primicias de sus criaturas.” (Santiago 1:18) Pablo arroja aún más luz: “Nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu, nosotros también gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo.” —Rom. 8:23

Durante el presente reinado del pecado, los seguidores de Cristo disfrutaban de una bendición única.

Ellos son los primeros en llevar los frutos del Espíritu de Dios, un fruto diverso en sus manifestaciones, pues se nos dice: “El fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza.” (Gál. 5:22,23) Que tales cualidades de carácter sean capaces de florecer abundantemente en la actualidad es una gloria a Dios. Como Jesús dijo: “En esto es glorificado mi Padre, en que llevéis mucho fruto, y seáis así mis discípulos.” —Juan 15:8

Llevar los frutos del espíritu también tiene otros benditos efectos. A medida que manifestamos más y más de tales frutos en nuestras vidas, comunica una bendición a nuestros hermanos a medida que disfrutamos de comunión cristiana con ellos; que son animados y consolados por nuestro fruto espiritual, y nosotros por los suyos. Además, es una bendición para todos aquellos con quienes entramos en contacto a diario. Por esta razón, nos esforzamos fervientemente por dejar que nuestra “luz brille ante los hombres.” —Mat 5:16

“Dios no es injusto para olvidar vuestra obra y el trabajo de amor que habéis mostrado hacia su nombre, habiendo servido a los santos y sirviéndoles aún.” (Heb. 6:10) Nuestro fruto no pasará inadvertido y sin recompensa. Nosotros acumulamos el tesoro del cual habló Jesús: “No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompen, y donde ladrones minan y hurtan; sino haceos tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el orín corrompen, y donde ladrones no minan ni hurtan. Porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón.” —Mat 6:19-21

Nosotros, los que ahora sembramos la primicia del espíritu en experiencias difíciles, cosecharemos gozosamente. El salmista poéticamente habla de esto: “Los que sembraron con lágrimas, con regocijo segarán. Irá andando y llorando el que lleva la preciosa semilla; mas volverá a venir con regocijo trayendo sus gavillas.” (Sal. 126:5,6) En la resurrección, llegaremos de nuevo con gritos de júbilo a poner nuestras primicias ante nuestro Rey Celestial.

Recordando con alegría

Versículo clave: “*Y santificaréis el año cincuenta, y pregonaréis libertad en la tierra a todos sus moradores; ese año os será de jubileo, y volveréis cada uno a vuestra posesión, y cada cual volverá a su familia.*”

— **Levítico 25:10**

Escrituras

Seleccionadas:

Levítico 25:1-12

anunció el comienzo de la redención por Dios de su pueblo que tendría lugar durante el año jubilar. —Lev. 25:8-9

El Jubileo del quincuagésimo año tenía profundo efecto en la vida civil en Israel. En ese año, la libertad se extendía a todos: se liberaba a prisioneros y cautivos; se manumitía a los esclavos; se liberaba a los obligados por las deudas de ellas; se devolvía a sus dueños originales las propiedades vendidas. Los intereses de los pobres se salvaguardaban así impidiendo la alienación absoluta de

UNA DE LAS características de la ley mosaica era el Jubileo, como se menciona en nuestro versículo clave. Después de siete veces siete años sabáticos, Israel debía observar el quincuagésimo de una forma muy especial. El nombre “Jubileo” proviene de la palabra hebrea “Yobel”, que significa cuerno o trompeta. Debía tocarse esta trompeta cada cincuenta años, el décimo día del séptimo mes, el Día de la Expiación anual de Israel. Este emocionante sonido

la propiedad y el patrimonio. Los campos no se sembraron ni se cosecharon, mas sus productos naturales debían ser propiedad de todos (vv. 11-55) El Jubileo era un año de notable reposo y sin precedente entre las naciones del mundo.

Pero está profetizado en la Biblia un Jubileo mucho más grande que el de Israel, uno que mantiene la promesa de redención en un grado inimaginable por el mundo de hoy. Asegura la liberación de la muerte misma, hecha posible por la sangre de Jesús, el Redentor del hombre (1 Ped. 1:18-19), que gobernará sobre la tierra en ese gran tiempo de Jubileo. Sus palabras, habladas proféticamente a través de Isaías, muestran la grandeza de su reinado justo: “El Espíritu de Jehová, el Señor, está sobre mí, porque me ungió Jehová; me ha enviado a predicar buenas nuevas a los abatidos, a vendar a los quebrantados de corazón, a publicar libertad a los cautivos, y a los presos apertura de la cárcel; a proclamar el año de la buena voluntad de Jehová, y el día de venganza del Dios nuestro; a consolar a todos los enlutados; a ordenar que a los afligidos de Sión se les dé gloria en lugar de ceniza, óleo de gozo en lugar de luto, manto de alegría en lugar del espíritu angustiado; y serán llamados, plantío de Jehová, para gloria suya.” —Isa. 61:1-3

En el gran jubileo, Jesús proclamará libertad a los cautivos por el pecado y a los prisioneros de la muerte. Seguirá la resurrección de los muertos. La profecía de Isaías continúa mostrando el efecto maravilloso del dominio de Jesús: “Reedificarán las ruinas antiguas, y levantarán los asolamientos primeros y restaurarán las ciudades arruinadas, los escombros de

muchas generaciones.” (v. 4) La reparación de viejos desechos, ciudades y desolaciones es parte del gran trabajo de restauración del reino de Dios bajo el gobierno de Cristo.

Pedro habló de esta futura obra de restitución al decir que Dios “envíe a Jesucristo, que os fue antes anunciado; a quien de cierto es necesario que el cielo reciba hasta los tiempos de la restauración de todas las cosas, de que habló Dios por boca de sus santos profetas que han sido desde tiempo antiguo.” (Hechos 3:20-21) El futuro brillante de la Tierra en el plan de Dios es una promesa que podemos recordar con alegría todos los días.

Regocijándonos en la restauración

Versículo clave: **LA INVITACIÓN** en nuestro versículo clave para “gustar y ver que el Señor es bueno” expresa gran sabiduría. La metáfora del gusto es común. Después de una experiencia desagradable, podemos escuchar algo como: “Eso me dejó un mal sabor de boca”; del mismo modo, al hablar de una experiencia feliz anticipada, podemos escuchar: “¡Casi puedo saborearlo!” El mensaje que sacamos, pues, es que la mejor manera de descubrir los méritos de algo es vivirlo.

“Gustad y ved que es bueno Jehová; dichoso el hombre que confía en Él.”
— *Salmos 34:8*

**Escrituras
Seleccionadas:**
Salmo 34:1-10

El salmista David habló con superlativos de la bondad de Dios hacia él. Dios lo trató con misericordia, y fue paciente e indulgente. Le mostró gran bondad. Nosotros también experimentamos la bondad de Dios todos los días: nos ha perdonado, ha sido amable con nosotros y nos ha mostrado mucha misericordia. Hemos comprobado que nuestro amoroso Padre Celestial es bueno.

Pablo se regocijó en la bondad de Dios: “Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo; por quien también tenemos entrada por la fe a esta gracia en la cual

estamos firmes, y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios. Y no sólo esto, sino que también nos regocijamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce paciencia; y la paciencia, prueba; y la prueba, esperanza; y la esperanza no avergüenza; porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo.” —Rom. 5:1-5

Hemos sido “justificados por la fe” y nos hace “regocijarnos en la esperanza de la gloria de Dios” para ser revelada en nosotros. Tal alegría parece obvia; sin embargo, resulta menos obvio que nosotros, junto con Pablo, también podemos “regocijarnos en nuestras tribulaciones.” Podemos hacerlo porque en ellas experimentamos la bondad y la entrega del poder de Dios, y así saborear que es bueno.

Más adelante, leemos la siguiente pertinente exhortación de Pablo: “Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional. No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta.” (Rom. 12:1-2) Otras traducciones de estos versículos sugieren que nosotros ponemos la voluntad de Dios a prueba; es decir, viviendo la voluntad de Dios como se muestra en las Escrituras, nos demostramos que es bueno, aceptable y perfecto. Por tal experiencia, también saboreamos la bondad de Dios.

Nuestro versículo clave también señala: “Dichoso el hombre que confía en Él.” No hay mejor refugio que podamos tomar. En las tormentas de la vida

o nuestras tranquilas ansiedades podemos morar con seguridad en el Señor. “En esto conocemos que permanecemos en Él y Él en nosotros, en que nos ha dado de Su Espíritu.” (1 Juan 4:13) Tener el espíritu de Dios y permanecer en él tiene el efecto de crecer a su semejanza en nuestros corazones y mentes. “En cuanto a mí, veré tu rostro en justicia; estaré satisfecho cuando despierte a tu semejanza.” (Sal. 17:15) Probemos la bondad de nuestro Señor y siempre regocijémonos en su trabajo de restauración dentro de nosotros.

Estudio VII

LA LEY DE LA NUEVA CREACIÓN

Parte II

Nuestro Señor Jesús, habiendo cumplido el Pacto, dispone en lo sucesivo de todo lo que concierne la bendición de las familias de la tierra; pero según el plan divino bajo el cual actúa y actuará, le convendrá, al fin, emplear ciertos miembros de la descendencia terrestre, el Israel natural, como sus instrumentos o agentes terrestres en esta obra de bendición. Es por eso que el Pacto, en cuanto al Israel según la carne, no se pone a un lado totalmente, sino, como declara el Apóstol, una bendición espera al Israel natural después del establecimiento del Reino de los cielos en el segundo advenimiento del Señor. Así como dice el Apóstol: “Porque irrevocables son los dones y el llamamiento de Dios”. “En cuanto a la elección, son amados por causa de los padres”: “Para que por la misericordia concedida a vosotros [la Iglesia], ellos también alcancen misericordia”. “Porque Dios sujetó a todos en desobediencia, para tener misericordia de todos”. El pensamiento sugerido es que “vendrá de Sión el Libertador, que apartará de Jacob la impiedad”, y que así Jacob — Israel según la carne pueda cooperar finalmente en la bendición del mundo. —Rom. 11:26-32.

Vemos por lo tanto que, hasta en el primer

advenimiento de nuestro Señor, el mundo era sin ley, excepto la ley general de la naturaleza, la ley de nuestra condición de caída y de cautiverio, la que declara que podemos acelerar nuestras dificultades sin poder evitarlas, la ley que declara que si la muerte está segura a causa de la sentencia original, y si no podemos esperar a escapar de eso, sin embargo, nos es posible, en cierta medida, retrasar por un tiempo su ejecución, y atenuar un poco los rigores. Hemos visto que la única otra Ley o Pacto era aquella dada a Israel, con respecto a la cual Moisés declaró categóricamente que no pertenecía a ningún otro pueblo, a ninguna otra nación, diciendo: “No con nuestros padres hizo Jehová este pacto, sino con nosotros todos los que estamos aquí hoy vivos” (Deut. 5:3). Nosotros hemos visto que ni con mucho menos que esta Ley hubiera justificado a los Israelitas, y que hubieran obtenido las bendiciones vinculadas con esta Ley, que todos ellos fallaron con la excepción de uno solo — el hombre Cristo Jesús, nuestro Señor y Redentor. Persigamos nuestro examen, y veamos cómo la Ley divina opera ahora.

Nuestro Señor Jesús observó — es decir cumplió — por su muerte las estipulaciones de la Ley divina dada en el Sinaí. Las exigencias de la Ley de Sinaí se resumen así: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente y con todas tus fuerzas; y amarás a tu prójimo como a ti mismo”. El Padre celestial arregló las cosas de tal modo que su Hijo bien amado que había dejado la gloria de la condición espiritual, se hizo un hombre perfecto entre hombres imperfectos y apreció en primer lugar la voluntad del Padre, a saber que debía hacerse el redentor del hombre.

No fue forzado en esto; era completamente libre de escoger como le venía en gana, pero actuando así, no habría cumplido la Ley que declara que todos los que son regidos por ella deben amar a Dios en sumo grado — más que a ellos mismos — encontrar sus delicias para hacer la voluntad divina hasta el punto de sacrificar alegremente su propia voluntad, y aun la vida misma.

Es lo que implican las palabras siguientes: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente y con todas tus fuerzas”. Tal amor por Dios no vacilaría en entregar su vida, su ser, su fuerza en sacrificio voluntario por el plan divino. Y así, como explica el Apóstol, “estando en la condición de hombre” [Fil. 2:8], y discerniendo claramente el programa divino, nuestro Señor Jesús se dio a sí mismo sin reserva para ser el sacrificio del hombre. ¡Sí! se declara que él lo hizo con alegría, como leemos: “El hacer tu voluntad, Dios mío, me ha agradado, y tu ley está en medio de mi corazón” (Sal. 40:8). El amor por los hombres a los cuales se había hecho emparentado por su nacimiento terrestre, también fue un factor aquí; sin embargo, si él les hubiera amado como a sí mismo, esto no implicaría que se sacrificara por ellos. Tal sacrificio implicaba que él mismo les amaba más que a sí mismo. Era la obediencia a la primera parte de esta Ley que empeñaba el sacrificio del hombre Cristo Jesús. Todo esto, lo vemos, era casi inseparable del Pacto de la Ley, porque había nacido bajo el Pacto de la Ley, y sometido a sus condiciones. No hubiera podido hacerse heredero de la promesa abrahámica sin esta obediencia, hasta la misma muerte.

Sin embargo, él cumple otra cosa por su muerte,

otra cosa para probar que era digno de ser la Descendencia prometida de Abrahán, competente y digno de bendecir al mundo. Esta otra cosa fue la *redención* de Adán y su raza de (“from”) la sentencia de la muerte original. En el arreglo divino, ambas cosas se efectuaron simultáneamente, por el mismo sacrificio; sin embargo, necesitamos hacer la distinción entre las dos. Nuestro Señor no sólo *cumplió* el Pacto de la Ley por su obediencia hasta la muerte, sino que también *garantizó* un Nuevo Pacto por la misma muerte. Así como hemos visto, el Pacto de la Ley probó su dignidad personal, pero el Nuevo Pacto se relaciona con la humanidad. La sentencia de muerte pesaba sobre la raza y una bendición permanente se le podía dispensar sólo si, primero, la sentencia original había estado satisfecha y fue anulada. Hasta entonces, nadie podía bendecir la raza o tener autoridad para bendecirla y levantarla de la muerte a la vida, porque, hasta entonces, la sentencia divina de muerte estaba contra ella, y Dios no podía por ningún medio pagar al culpable a costa de su propia Ley. ¡Cuán admirable es la organización divina que, en un solo acto, no sólo probó al Redentor en cuanto a su dignidad para ser el libertador y aquel que levante la raza, sino pagó [proporcionó —*Edit.*] el rescate por el padre Adán y, así, incidentalmente por todos sus hijos que, de manera natural, habían heredado el pecado y la muerte! Ya hemos tratado este tema¹, y no entraremos aquí en otros detalles.

Nuestro estudio concierne la Ley divina aquí. Hemos visto que la Ley del Sinaí se extendía sólo a la

¹ Véase Vol. V, Cap. XIV y XV (en inglés).

posteridad natural de Abrahán, y que el resto del mundo fue dejado sin Dios, esperanza, estímulo, ánimo, promesas — extranjeros (Ef. 2:12). Vemos que el Pacto del Sinaí se acabó en cuanto a la gran prueba y su premio. También hemos visto que un nuevo Pacto había sido garantizado (Heb. 7:22), hecho eficaz por la sangre de Cristo; y ahora, nos preguntamos si este Nuevo Pacto entró en vigor, y, en caso afirmativo, si una nueva Ley lo acompaña, como la Ley de Sinaí acompañó el Pacto de la Ley. Respondemos que el Nuevo Pacto todavía no está vigente en cuanto al mundo, que no entrará en vigor plena y completamente antes del segundo advenimiento de Cristo, y que, como acabamos de ver, Israel según la carne será entre los primeros humanos que saquen provecho del Nuevo Pacto.

El Nuevo Pacto no hablará solamente de paz en cuanto a la maldición original, declarando de que está plenamente satisfecha por el Redentor, y que todos los que vienen al Padre por él, pueden por una obediencia posible, tener la restitución de lo que estuvo perdido por la condena original, sino además, ella hablará de misericordia con respecto a Israel según la carne, condenado aun más bajo el Pacto de la Ley. Ella hará conocer a cada criatura que, la redención no sólo ha sido provista en cuanto a los pecados del pasado, sino que todas las debilidades y las imperfecciones bajo las cuales la raza continúa sufriendo, serán perdonadas; en lo sucesivo, los hombres serán tratados según lo que son realmente y serán ayudados por las leyes del Reino de Cristo mediador, para elevarse cada vez más de las condiciones presentes de la muerte mental, moral y física, más alto, aún más alto, siempre más alto hasta la

perfección completa de la naturaleza humana en la cual serán capaces de sostener la prueba delante del Todopoderoso, manifestar su carácter y demostrar que son dignos de la vida eterna bajo las leyes de su Reino. Este nuevo Pacto, por consiguiente, comprende *toda* la misericordia y el favor de Dios destinados al mundo entero de los humanos durante la Edad milenaria. Es el Pacto del perdón, de la bendición y de la restauración para todos aquellos que, una vez que sus ojos y sus orejas estén abiertos, sacarán provecho de esta gracia de Dios en Cristo Jesús.

LA LEY DEL NUEVO PACTO

Se agregará una Ley a este Nuevo Pacto. Será la misma Ley de Dios que no cambia, sino que ha tenido diversas exposiciones más o menos explícitas en diferentes épocas. Todavía será la Ley que proclama la oposición divina al pecado, y el favor y la bendición divinas para los justos. Esta exigencia (“estándar”) absoluta siempre se mantendrá con respecto al mundo durante la Edad milenaria, y necesitará que cada uno se acerque lo más posible al modelo (“estándar”) perfecto; no obstante, tendremos la *cuenta* más grande por cada uno de los esfuerzos que se haga para obedecer, según la medida de sus debilidades, las cuales, bajo estas condiciones benditas de la restauración, desaparecerán gradualmente a medida que progrese paso a paso en el camino de la obediencia. Así que está escrito: “Pero este es el pacto que haré con la casa de Israel después de aquellos días, dice Jehová: Daré mi ley en su mente, y la escribiré en su corazón . . . y no me acordaré más de su

pecado”. —Heb. 8:10; Jer. 31:33,34.

En estos textos, tenemos la borradura de los pecados e iniquidades pasados, una obra gradual de la Edad milenaria y también la obra gradual que consistirá en volver a trazar, en escribir de nuevo la Ley divina en el corazón de los hombres, de quienquiera que lo quiera. Esta reimpresión de la Ley divina en el carácter de los hombres es simplemente otro método de anunciarnos “la restauración de todas las cosas, de que habló Dios por boca de sus santos profetas”, y que debe cumplirse en este gran día del reino de Cristo. No debemos olvidar tampoco esta declaración explícita: “toda alma que no oiga a aquel profeta [el alma que no se someta a esta reimpresión de la Ley divina en su carácter] será desarraigada del pueblo”. —Hechos 3:23.

Sin embargo, volvamos hacia atrás: acabamos de considerar la aplicación del Nuevo Pacto durante la Edad milenaria, durante el tiempo en que aquel que rescató [“rescata” —*Edit.*] al mundo ejercerá su poder y su autoridad de gran Profeta, de gran Maestro, bendiciendo al mundo por las operaciones de la restauración, escribiendo de nuevo el carácter divino en el corazón de los hombres. Ahora, sin embargo, vamos a buscar lo que pasó en el período intermedio — entre la cesación del Pacto de la Ley en su cumplimiento en Cristo Jesús nuestro Señor, y la inauguración de las condiciones del Nuevo Pacto de la Edad milenaria — ¿qué hay en este período intermedio? ¿Hay un Pacto que ahora funciona, y si así es, hay una Ley que sea asociada con él? Respondemos que durante este período intermedio de la Edad Evangélica, el Señor escoge a los miembros de la Nueva Creación, y que un Pacto ahora opera y que tiene

una Ley. Para comprenderlo, debemos recordar las palabras del Apóstol: “[La Ley] fue añadida a causa de las transgresiones, hasta que viniese la simiente”. Vemos que el Pacto de la Ley dada en el Sinaí fue una adición a un Pacto anterior, y volviéndonos hacia atrás, vemos que el Pacto abrahámico fue el Pacto original, y que existía desde hace cuatrocientos treinta años antes de que el Pacto de la Ley le fuera *añadido*. El Apóstol llama la atención a esto, diciendo que “la ley que vino cuatrocientos treinta años después”, no podía anular el Pacto original o hacerlo sin efecto. —Gál. 3:19, 17

Así, vemos que cuando el Pacto de la Ley fue cumplido por nuestro Señor Jesús, dejó el Pacto abrahámico original exactamente como era antes de que el Pacto de la Ley le fuera añadido. Este Pacto abrahámico es aquel bajo el cual la Nueva Creación está desarrollándose. He aquí los términos: “Todas las familias de la tierra serán benditas en ti y en tu simiente”. El Apóstol explica que esta Simiente de Abrahán bajo cuestión en la promesa es Cristo — Cristo Jesús nuestro Señor, y añade: “Si vosotros sois de Cristo [si se hace miembros en particular del cuerpo de Cristo], ciertamente linaje de Abraham sois, y herederos según la promesa. —Gál. 3:16, 29.

Y ahora, conocemos nuestra propia posición, porque, de nuevo, el Apóstol declara: “Así que, hermanos, nosotros, como Isaac, somos hijos de la promesa” [Gál. 4:28], en un sentido totalmente diferente de que eran los judíos bajo la Ley. Él indica claramente la distinción entre este Israel según el Espíritu y el Israel natural, informándonos que los hijos de Jacob según la carne no son los hijos de Abrahán que se trata en la

promesa, sino que los hijos de la fe son considerados como la Descendencia (Simiente). Él explica que Abrahán tipificaba al Padre celestial; que Sara, su mujer, tipificaba este Pacto original, del cual debe provenir finalmente tantas bendiciones, pero que lo mismo que Sara fue estéril por un tiempo y no llevó la posteridad de la promesa, así el Pacto de Dios fue estéril durante cerca de dos mil años, y solamente comenzó a producir la Descendencia de la promesa cuando nuestro Señor se resucitó de entre los muertos. Es entonces cuando nació la Cabeza de la Descendencia de Abrahán, y finalmente el cuerpo entero de Cristo, el Isaac antitípico, será *librado* (“nacido de los muertos”) en la condición espiritual. Entonces, la Descendencia siendo completa, la promesa, o el Pacto, tendrá su cumplimiento: “todas las familias de la tierra serán benditas”.

Fue en el transcurso de la esterilidad del Pacto original que fue *añadido* otro Pacto, el Pacto sinaítico o judaico, o Pacto de la ley. El produjo hijos, una posteridad carnal, pero no según la promesa, no pudiendo cumplir la promesa original. El Apóstol indica que este Pacto de la Ley fue tipificado por la criada de Sara, Agar, y que los judíos bajo este Pacto de la Ley fueron tipificados por Ismael, su hijo. Así como Dios dice que el hijo de la esclava (Agar) no sería el coheredero del hijo de la mujer libre (Sara), así, en el antitipo, los judíos bajo el Pacto de la Ley no heredarían la promesa abrahámica original, la cual debe ir a la Descendencia espiritual. Todo este tema es tratado admirablemente en detalle por el Apóstol en su carta a los Gálatas (Cap. IV). La argumentación del Apóstol se refiere contra la enseñanza falsa que los cristianos deben

hacerse judíos, y someterse a la Ley de Moisés con el fin de ser herederos bajo la promesa abrahámica original.

Pablo, al contrario, muestra que todos los que están bajo la Ley están bajo un yugo de servidumbre, y que la Descendencia espiritual de Abrahán debe ser libre, como lo era Israel, mientras que Ismael no lo era. Otro de sus argumentos es que si cualquier gentil, quien, al principio, no estaba bajo la Ley, se coloca bajo el Pacto de la Ley de Sinaí, él se separa así de la Descendencia verdadera de Abrahán, y se hace un ismaelita antitípico. El Apóstol declara textualmente: “He aquí, yo Pablo os digo que si os circuncidáis, de nada os aprovechará Cristo. Y otra vez testifico a todo hombre que se circuncida, que está obligado a guardar toda la ley. De Cristo os desligasteis, los que por la ley os justificáis; de la gracia habéis caído”. Al contrario, él incluye a los de los judíos que se hicieron libres de la servidumbre del Pacto de la Ley por la muerte de Cristo, y los gentiles que nunca han estado sometidos al Pacto de la Ley, sino ahora han aceptado a Cristo y el Pacto de la Gracia, diciendo: “Estad, pues, firmes en la libertad con que Cristo nos hizo libres, y no estéis otra vez sujetos al yugo de esclavitud”. —Gál. 5:1-4.

(La siguiente parte del libro “La Nueva Creación” se publicará en la edición de julio - agosto de 2018)